

Instantánea de Saint Germain Des Pres

4 Diciembre 1956

por Sebastián Salazar Bondy

PARIS, (27 Nov.)— De la a-badía que aquí hubiera durante la Edad Media, sólo queda como testimonio la iglesia que da nombre a este hormigueante centro de la más pintoresca humanidad de hoy: Saint Germain des Pres. La torre románica del templo, sólida y austera, domina la plaza, eje del infatigable mundo que aquí pena, se divierte y muere. Mundo, en verdad, cosmopolita, denso como el de un puerto, cómico y dramático al mismo tiempo, hecho con barro y espíritu traídos de todas las latitudes del orbe. Mundo con su folklore ingenuo, con su arte auténtico, con su filosofía más ó menos sistemática, con sus verdades y sus mentiras. Para algunos, éste es el lugar —el único lugar sobre la tierra— donde uno se ilustra, inclusive por simple ósmosis. Para otros, un buen pretexto del ocio. Y, para bastantes, la gran feria donde vivir es gozar.

Basta caminar por este barrio para hacer un examen de las razas, las condiciones sociales, los estratos en que los hombres existen según su origen, su nacionalidad, su economía y su ambición. Pasan los seres famélicos que han elegido la miseria gloriosa del que vive únicamente la hora que transcurre, pasan los detritus coloniales que han preferido la metrópoli a la asfixiante atmósfera de la provincia extraterritorial, pasan los anónimos héroes de la pintura o la literatura que aguardan el éxito repentino, pasan los fanáticos, los mansos, los turistas y, también por cierto, los nativos de esta isla multicolor. Porque los hay: son personajes que llevan sobre sí los signos de la más absoluta libertad, de la rebelión contra las convenciones.

En la Rue du Four, en la Rue Bonaparte, en la Rue Rennes y más allá, en Montparnasse, y en los cafés, en las casas de anti-

güedades, en las librerías —hay 6,000 en este barrio, según dicen las estadísticas—, se oyen todos los idiomas. Como decía no sé quién, aquí se habla el francés en todas las lenguas. Es posible distinguir un eslavo, un yanqui, un escandinavo, un senegalés, un chino, y es posible, asimismo, captar el español del Caribe, el del Plata, el del Pacífico, en una especie de Babel solidaria, de fraternal confusión lingüística. Sacones de sorprendente hechura, pantalones femeninos de detonante color, chompas y camisas inverosímiles. Y barbas, pelucas, bigotes de todo rango y



clase. Nada —ni siquiera aquel que usa una toga romana de la más ilustre prosapia forense— llama la atención.

No doy ningún juicio de valor, porque cada vez que vengo a este punto de París soy feliz: ¿no amo, acaso, el teatro? Sentarse en una terraza, con un café como pretexto, y contemplar los que van y vienen, es un espectáculo increíble. Fuera de París —en Lima o Bombay— estas gentes son "los existencialistas". Por ellos, y por el existencialismo como pensamiento es-

tricto y científico, es preciso aclarar que la mayoría de esta humanidad no tiene nada que ver con dicha corriente de la filosofía contemporánea. Son sólo la espuma viva de este tiempo de angustia y protesta.

¿Cuántos de estos individuos son realmente como aparecen y cuántos constituyen los imitadores? Imposible determinarlos. Tal vez aquel jovencito de ojos mongólicos que está en un rincón del café, hundidas las narices en un texto de Racine, sea un sabio de mañana, o esa pelirroja que habla vivamente con el negro de boina roja constituya el embrión de una gran actriz. O lo contrario: quizá uno y otro van camino del más tenebroso e infeliz anonimato. Porque aquí como en cualquier latitud del globo el saber se obtiene en el estudio y la concentración, y por cien que queman sus años en la zarza de la pereza, la charlatanería, la aventura y el fracaso, hay diez que se entregan al trabajo y a la formación real de su personalidad.

Dejemos Saint Germain des Pres así: los turistas deponen una buena dosis de divisas por mirar con los ojos desorbitados a esta tribu ultra-civilizada que discute sobre la bomba atómica, la organización social del mundo, el último libro de Francois Sangan, la posibilidad de la pintura abstracta o la crisis de la institución conyugal. Lo único que podemos impedir es que se crea —como muchos tácitamente parecen sostenerlo— que circular por estas arterias de París— de París, que se abarca, múltiple, una extensión que es todo un país, un continente, un universo— es ir a una universidad donde los conocimientos se respiran en el aire y se beben con el vino. Bien se puede decir, que lo que natura no da, Saint Germain des Pres no lo presta.